

Discurso pronunciado por el doctor Luis Castelazo Ayala con motivo de su toma de posesión como Presidente de la Academia Nacional de Medicina el día 2 de marzo de 1966.

Señor Secretario de Salubridad y Asistencia,

Distinguidos Invitados de Honor,

Señores Académicos,

Señoras y Señores

UN SENTIMIENTO de elemental honestidad me impide agradecer con toda plenitud a los señores académicos la designación que hace un año hicieron en mi favor y que ahora me permite ocupar la Presidencia de esta docta corporación. Siempre he considerado que los cargos directivos, cualquiera que sea su nivel, representan sólo honrosas oportunidades de trabajar y de servir y que si alguna gloria aportan al que los desempeña ella es sólo en función de las excelencias del servicio. Recibir un puesto de actuación directiva como un honor que premia méritos personales es una grave falta que conduce a lamentables consecuencias, y cuando no se utiliza la ocasión para engrandecer a la comunidad que se dirige —con ideales claros, voluntad firme y energía suficiente— más sirve el cargo directivo como factor de desprestigio y escalón de descenso. De ahí la reticencia en mi agradecimiento. Cualquiera que fuera mi decisión de ser útil, prefiero expresar por ahora sólo mi reconocimiento por la intención —que de todos modos me honra muy por encima de mis capacidades y merecimientos— y aplazar la expresión plena de mi gratitud si dentro de un año, al final del camino, la obra ha satisfecho las metas de nuestra agrupación y las inquietudes y aspiraciones de sus integrantes.

Estos han de tener presente, por otra parte, que la libre elección de una persona, sobre todo en una democracia de intelectuales, crea las mismas responsabilidades —y quizá más— para el elector que para el elegido y que si es condenable el dirigente que encuentra sólo gratificante esparcimiento en su designación, lo es también —tal vez en mayor grado— el elector que tal hecho permite y que se muestra ajeno e indiferente a sus responsabilidades como integrante de una comunidad.

Deseo aprovechar la mención de todos estos conceptos generales para exaltar el mérito de la labor realizada por el Dr. Miguel Jiménez en los cinco años que en forma consecutiva ha ocupado posiciones directivas en la Academia, primero como Secretario y el último como Presidente. Ha de pasar mucho tiempo seguramente para que la corporación reciba de alguno de sus miembros directivos, los grandes servicios que le ha dispensado el Presidente que hoy termina, y que han sido fruto de su consagración más absoluta, inspirada en el idealismo y en el amor, alimentada por un gran sentido de responsabilidad lo mismo ante la fortuna que ante la adversidad e iluminada por un realismo vívido. Talento, idealismo, laboriosidad, energía, conceptos claros de lo que es la Academia y de su responsabilidad al presidirla, todo ello impregnado de un incontrolable sentimiento de servir: he ahí su actuación. Reciba Miguel Jiménez el reconocimiento, admiración y gratitud de la Academia de ahora, en espera de que la historia recoja su obra y, tal como lo hace siempre con todo lo de mérito auténtico, la proyecte magnificada hacia la Academia del futuro.

La Academia de Medicina está organizada sobre bases muy sólidas. La madurez de su experiencia y la evolución favorable que ha sabido adoptar en algunos aspectos de su funcionamiento, permiten la celebración casi automática de sus sesiones reglamentarias y la marcha regular de sus actividades naturales. A la fecha se encuentran programadas hasta el detalle, la totalidad de las sesiones ordinarias y algunas extraordinarias de este CIII año que hoy se inicia, diez de las cuales se desarrollarán en conjunto con otras Sociedades Científicas de especialidades diversas y elevado prestigio. Pronto verá la luz el libretto único en el que se han fusionado los dos folletos clásicos de la Academia —Reglamento y Directorio— conteniendo otras informaciones y una publicación adicional conteniendo los programas pormenorizados de todas las sesiones y de los diez eventos foráneos que con el nombre de Seminarios impartirá la Academia a lo largo del año —uno mensual— en sendas capitales del interior de la República, teniendo como sede la Escuela de Medicina local y actuando en colaboración con los académicos algunos miembros distinguidos de Sociedades Médicas prestigiadas y algunos de los profesores de dicha Escuela. Todo esto ha sido organizado y preparado sin especiales esfuerzos ni fatigas.

Compartimos de manera absoluta —por haberlo vivido e impulsado en las agrupaciones de Ginecología y Obstetricia desde hace algo más de tres lustros— el criterio que ha venido expresándose en los dirigentes de la Academia en los últimos años y que logró cristalizar en forma esplendorosa la iniciativa de Miguel Jiménez, consistente en llevar a la provincia mexicana, físicamente, con toda la fuerza de su presencia material, la voz de nuestros grupos selectos de científicos.

“La Academia —decíamos apenas hace cuatro días en la ceremonia de clausura de la IX Jornada en San Luis Potosí— no quiere ser ya más ese recinto elevado —tan alto que se aparta del mundo— hermético y exclusivista, depósito de sabios de mente inalcanzable... La Academia desea abandonar la actitud de aislamiento (como recurso) para preservar sus valores —los que lo son y los que no lo son —y ocultar sus defectos, siempre conservando su régimen austero de actuación científica de alto nivel en sus socios, aumentando la severidad de sus exigencias internas y abriendo sus puertas sólo a valores científicos genuinos... La Academia desea exponerse, mostrar la verdad de su contenido, compartirlo con todos, sentir el impacto de la crítica directa... mezclarse con el medio porque en nuestros días es la única forma de trascender en él...; quiere recibir la prueba de ser inspeccionada en sus rincones por la conciencia pública... (porque) sabe en la actualidad que cuando se vale, más se alcanza si se enseña y comparte lo que se tiene y lo que se vale que si se cubre el conocimiento con el velo de la soberbia y se vive bajo la aureola de la sabiduría inasequible”. Y más adelante: “La Academia atiende y vigila. Lamenta tirar al cesto fórmulas ancestrales de reconocimiento superfluo, pero entiende que para ella es de vida o muerte evolucionar en provecho de sus miembros y de su prestigio. Por ello levanta la tapa que la cubre, abre sus puertas, construye en su recinto ventanas que iluminen y ventilen, invita a asomarse a su casa a todo el mundo, amplía sitios... y en su ansia por evolucionar y trascender acude afuera... llevando a los demás el bagaje de lo que tiene”.

Estas reflexiones explican por qué deseamos incrementar la asistencia a nuestras sesiones, hacer llegar, si es posible, la “Gaceta Médica de México” a las manos y a las mentes de todos los médicos del país, promover el ingreso de un número adecuado de Socios Correspondientes Nacionales que esté a tono con el desarrollo de la medicina en la provincia, cultivar el espíritu de los Seminarios Foráneos o eventos similares e instituir reglamentariamente la celebración de la Jornada anual en provincia y la de un magno Congreso en la Capital cada cinco años. Hemos dado ya los primeros pasos para la organización de la X Jornada (22 a 25 de febrero de 1967) en la Ciudad de Guadalajara.

No debe considerarse que esta serie de observaciones y propósitos —que a los ojos de algunos pudieran parecer impregnados o cuando menos matizados

de una euforia insensata de cambiar por cambiar— son fruto de inquietudes personales. El observador acucioso habrá percibido en la voz y en el ánimo de las autoridades de la Academia desde hace varios años expresiones que han revelado su parecer en direcciones semejantes. La Corporación ha sufrido recientemente una evolución favorable —a la que no son ajenos los progresos de los últimos años que en los órdenes material y espiritual ha tenido la medicina mexicana, el sedimento que ha dejado la no remota crisis médica que conmovió al país, la atenuación de rivalidades y banderías médico-políticas en su seno dando paso a sentimientos de unidad fraternal que venturosamente cada día más progresan y la gran afluencia de valores jóvenes de reciente ingreso que sólo con su presencia imponen moderación a las exaltaciones divisionistas de los mayores— que nos depara ahora oportunidades mejores para introducir conceptos y elementos que contribuyan a la actualización de la Academia. En esta evolución, no cabe duda, desempeñan un papel importante los directivos de cada etapa, por cuanto su talento, iniciativa y esfuerzo continuado permitan captar las nuevas corrientes y traducirla en realizaciones de interés colectivo.

En el mismo sentido es factor trascendente la acción coordinada y armónica de directivos de etapas sucesivas.

Pero es indudable que el elemento primordial de progreso lo constituye la persona del médico académico— “unidad intelectual y biológica” de este gran organismo que es la corporación. El camino que ha debido recorrer para obtener su ingreso, las cualidades personales que tienen por el hecho de constituir el producto de una selección casi siempre natural y el trabajo que realiza para mantener el prestigio que ha alcanzado por sus méritos propios, lo convierten en el puente de comunicación entre el interior de la Academia y el mundo médico; transmisor permanente de corrientes en ambas direcciones, imprime modificaciones a la Academia —dentro de la estructura austera que ésta tiene— a tono con la época, y difunde hacia afuera los principios y valores que el cuerpo colegiado de hombres selectos es capaz de producir.

Pero el académico de nuestros días es algo más que un vínculo de unión, y ello debe ser comprendido por los más jóvenes y recordado con frecuencia por todos. Hombre de ciencia, es un destacado y profundo conocedor del campo que ha abarcado y lo domina en su ejercicio técnico: es un estudioso que investiga, enseña y usa de su experiencia con relevancia singular. Pero no basta. El académico requiere de atributos indispensables en el campo del conocimiento y la cultura porque sólo ellos deparan la universalidad de pensamiento que califica al intelectual superior. Harta razón tiene Dubois al señalar que “. . . las humanidades por mucho tiempo contempladas por los hombres de ciencia como algo más que un simple ornamento de la vida. . . (han de) considerarse esenciales para el

éxito de la civilización tecnológica hacia el bienestar humano” y al lamentarse de que “... apenas si existe un contacto entre los aspectos de la biología humana tan extensamente estudiada por los hombres de ciencia y las experiencias de la condición humana que los humanistas se esfuerzan por comprender y los artistas por expresar”. El académico ha de gustar la música y la pintura, recrearse en la literatura, penetrar en la filosofía y muy especialmente a la psicología, conocer la historia general y tener una base de sociología que le permita captar con criterio universal el valor de los movimientos sociales en su contenido extraordinario y en la trascendencia de sus realizaciones, interesarse en la ideología que conduce los movimientos políticos, saber de organización y metodología institucionales para ubicarse con sentido de “estereoscopia intelectual” en aquellas en las que trabaja o con las que tiene contacto, tener nociones administrativas, etc. Sólo de esta suerte su preparación le permitirá un punto de vista superior, propiamente selecto, de las realidades ambientales, que es el que requiere la Academia, en lugar de la miope visión del que no ve más allá de sus instrumentos y raciocinios técnicos. Esta alta calidad general le permitirá al académico penetrar a las características integrales de las personas a quienes trata, captando como nadie el aspecto humanístico del ejercicio de la Medicina y siendo para cada enfermo un verdadero médico y para cada médico un maestro. Le permitirá igualmente tener un “panorama conceptual” de todo lo que ocurre a su alrededor. Trazar una escala de valores en todos los órdenes y situar cada ente y cada suceso en el lugar debido.

Con esos atributos le será sencillo comprender una distribución razonable de su producción como hombre de ciencia: “se ha hecho preciso —decía el maestro Chávez en una ocasión memorable hablando de la propia Academia— reservar ciertas presentaciones muy especializadas... a las sociedades científicas y traer a esta casa sólo las doctrinas, los avances... de que convenga informar a todos y en los que quepa la confrontación general de las ideas”. Los trabajos que se presenten en la Academia han de tener ese distintivo, ser la expresión de una mente científica madura, modulada ya en los procesos de la cultura superior.

El académico podrá ser por último, dentro de los conceptos anteriores, un hombre de virtud, bondadoso y humilde como es todo aquel que se sale de la pasión científica y abreva en las fuentes de la cultura y en las profundidades del hombre mismo.

Ciertamente la vida institucional de nuestra Academia se deslizaría por causas de mayor y más calificada producción, al presentarse los mejores trabajos, buscarse el conocimiento genérico y cumplir todos, particularmente los integrantes de comisiones permanentes o transitorias, el deber sagrado que nos impone el privilegio de nuestra agrupación.

No debo terminar sin expresar a ustedes, la inquietud y alegría que nos causa el contemplar la posibilidad de que el primitivo proyecto sobre los locales de la Academia que concibiera hace más de diez años la mente visionaria del Maestro Chávez, pueda ser convertido en una realidad. Como es sabido, su principal impulsor, quien hizo posible la construcción no sólo del proyecto en cuestión sino todo el Centro Médico, un distinguido académico que tiene de serlo 25 años y que es ahora Director General del I.M.S.S., el Dr. Ignacio Morones Prieto, nos honra con su presencia y compañía.

Señores Académicos:

Al entregar a ustedes mis votos por servir a esta institución centenaria desde la investidura en que vuestra esperanza y buena voluntad me han colocado, os pido sólo comprensión a los ideales que ella misma sustenta para cada uno y para todos y a los deberes que emanan de esos mismos ideales.